

PROGRESO COMÚN

El concepto de desarrollo en la Fratelli Tutti

Prof. Fernando de Estrada

Durante los tiempos del positivismo filosófico (segunda mitad del siglo XIX y principios del XX) los críticos de la Iglesia Católica se solazaban al imputar a ésta desinterés e ignorancia respecto al progreso técnico que caracterizaba a la época. La acusación desbordaba injusticia, pues las ciencias de la naturaleza en que se fundaban los adelantos tecnológicos cuentan entre sus primeros impulsores, de manera casi invariable, a figuras eclesiásticas y a laicos católicos, como Mendel y Pasteur.

Pero si bien en el campo de las realizaciones materiales la Iglesia podía replicar con ejemplos prácticos contundentes, en el orden de las ideas su ventaja era en realidad mayor todavía. En efecto, aquellos materialistas de antaño se consideraban autores del principio del progreso, es decir, de las posibilidades humanas de mejorar indefinidamente sus condiciones de existencia; parejamente a tal convicción estaba la de que la religión se resistía a ese tipo de cambios y militaba a favor de un quietismo esterilizador de los esfuerzos humanos. Se trataba de actitudes de soberbia injustificables, porque la auténtica idea de progreso procede precisamente del mensaje de la Biblia.

En efecto, la Revelación divina comunicada inicialmente a la humanidad a través del pueblo judío significó la ruptura con la convicción típica del paganismo de la repetición incesante de acontecimientos, es decir, de la sumisión de lo humano a los ciclos de la naturaleza física. En cambio, el mensaje bíblico nos enseña la realidad de la Historia, que ha tenido un principio y tendrá un final cargados de sentido y perfeccionamiento espiritual.

O sea, existe un “sentido de la Historia” cuya pérdida disgrega a la sociedad humana. Así lo entiende el Papa Francisco cuando en la “Fratelli tutti” advierte sobre “la penetración cultural de una especie de ‘deconstruccionismo’ donde la libertad humana pretende construirlo todo desde cero”.

El progreso auténtico, el que se manifiesta como sentido de la Historia, suele ser denominado desarrollo en los documentos de la Iglesia. Es por ello un crecimiento no solamente económico sino que va acompañado necesariamente por un aumento de los valores humanos, personales y sociales. Es también un proceso histórico orgánico, porque no se trata de fenómenos inconexos y de objetivo incierto, sino de algo similar a la relación que tiene la semilla con el árbol. El hombre nace con sus facultades completas, pero como dormidas, como comprimidas en un rollo; para poder ejercerlas precisa despertarlas, desarrollarlas. Lo mismo sucede con las sociedades: en su esencia está el que pueden ser algo más, que llenen su tiempo histórico desarrollando las virtualidades presentes ya en la primitiva aldea y que crezcan para transformarse en realidad plena.

La apetencia por el desarrollo integral está grabado en la naturaleza de cada individuo y de cada sociedad humanos. Apartarse de este mandato desordena el equilibrio de las personas y los vínculos sociales generando fatalmente violencia. Esta realidad hacía decir al Papa Paulo VI que “el desarrollo es el nuevo nombre de la paz”, y la tiene en cuenta el Papa Francisco al recalcar que el respeto por los derechos humanos “es condición previa para el mismo desarrollo social y económico de un país. Cuando se respeta la dignidad del hombre y sus derechos son reconocidos y tutelados, florecen también la creatividad y el ingenio, y la personalidad humana puede desplegar sus múltiples iniciativas en favor del bien común”.

La paz y el desarrollo, o el desarrollo en la paz requieren la vigencia de un concepto que el Papa Francisco sintetiza con la palabra “nosotros” (17). Lo dice con referencia directa al cuidado del medio ambiente, esa “casa común”, pero no es difícil entender que lo extiende mucho más allá. Se lo percibe claramente cuando lamenta la disgregación del “nosotros” a causa de “guerras, atentados, persecuciones por motivos raciales y religiosos...que van multiplicándose dolorosamente en muchas regiones del mundo, hasta asumir las formas de lo que podría llamar una ‘tercera guerra mundial en etapas’” (25).

El filósofo ateo existencialista Jean Paul Sartre afirmaba que “el infierno son los otros”. Desde su perspectiva radicalmente distinta el Papa Francisco viene a coincidir en la medida en que “los otros” sea un concepto llamado a desplazar al “nosotros”, pues no tardará en volverse un “sálvese quien pueda” y más tarde un “todos contra todos” (35). El Papa, una vez más remitiéndose a las enseñanzas de la historia (36), teme que las circunstancias vividas durante la pandemia que acercaron entre sí a los miembros de la comunidad humana no se mantengan en el tiempo.

Sería lamentable que así sucediera, entre otros motivos porque la situación mundial es ahora más frágil y requiere una “lógica nueva”, la del amor social, que reemplace a las actitudes puramente economicistas, inequitativas e inmediateistas. La superación de los peligros actuales supone, afirma el Papa Francisco, “el desarrollo económico, aprovechando las posibilidades de cada región asegurando así una equidad sustentable” (161). Asimismo, “el gran tema es el trabajo. Lo verdaderamente popular – porque promueve el bien del pueblo- es asegurar a todos la posibilidad de hacer brotar las semillas que Dios ha puesto en cada uno, sus capacidades, su iniciativa, sus fuerzas. Ésa es la mejor ayuda para un pobre, el mejor camino para una existencia digna...En una sociedad realmente desarrollada el trabajo es una dimensión irrenunciable de la vida social...” (162).

El Papa denuncia más adelante el aumento de las patologías sociales (exclusión social, explotación de personas, esclavitud, crimen internacional organizado) y subraya que para que nuestras instituciones sean efectivas en la lucha contra estos flagelos deberán aprovechar “con inteligencia los grandes recursos del desarrollo tecnológico” (188), palabras con las cuales destaca nuevamente la permanencia del concepto de desarrollo en la doctrina social de la Iglesia.

